

GONZÁLEZ R. ARNAIZ, Graciano (coord.); Mauricio Beuchot; Gunther Dietz; Raúl Fornet-Betancourt; Joaquín García Roca; Raimon Panikkar; Diana de Vallescar Palanca: *El discurso intercultural. Prolegómenos a una filosofía intercultural*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.

Resulta enormemente interesante la lectura de este libro para quien crea que conversar invita a pensar y para quien considere que escuchar ayuda a educar e iluminar a nuestro entendimiento. Pues, en esta obra, la tierra que intentan labrar los distintos autores es la de la interculturalidad y la manera de llevar a cabo la siembra es la del diálogo o, en su caso, discurso intercultural. Método a través del cual se consigue que las distintas semillas, razones aportadas por cada autor, penetren en nuestra mente con el fin de que broten nuevas ideas acerca de la actitud que debemos adoptar para hacer posible el encuentro y la convivencia entre culturas. Pero, además, con dicho diálogo, que es el modo de proceder propio de la filosofía intercultural, no sólo se surca la cabeza llenándola de raciocinio, sino que, a su vez, se hacen surcos en nuestro corazón para prepararlo hacia la apertura. Es decir, se trata de atravesar el campo en el que hemos crecido y labrado, para llegar a «otro» u «otros». Y la intención de cultivarnos en estos «otros campos» nos exige ser humildes y respetuosos con lo que sus labradores tengan que decirnos. Habremos de esforzarnos para hacer que éstos no se sientan «extraños» ante nuestra presencia y para que nosotros no nos sintamos como «extranjeros» en esas tierras. Los autores de esta obra nos inducen a reflexionar sobre cómo comportarnos ante dichos encuentros y, por qué gracias a los mismos podemos conocer mejor nuestra propia identidad y la hondura que tras de sí ocultan los valores de dignidad, responsabilidad, solidaridad, no-indiferencia, tolerancia,...

La obra se articula en dos partes. La primera de ellas versa sobre la «razón» intercultural y es Raimon Panikkar el que se ocupa de abrirla. Comienza su artículo imaginándose al filósofo atravesar el ámbito de su propia cultura una vez que ésta ha sido explorada. Pues, siendo éste alguien que siente gran atracción por lo desconocido y alguien a quien poco le cuesta preguntar, nada le impide aventurarse por el recorrido que dejan las ideas transmitidas por las distintas tradiciones culturales. Su travesía la inicia mediante la conversación con el otro, el cual representa otro mundo o, al menos, como expresa el autor, otro punto de vista. Será el diálogo el camino que le lleve a tropezar con las fronteras horizontales que representan las culturas de otros. Lo que nos intenta decir Panikkar es que el filósofo no se mueve únicamente en un espacio intracultural, sino también en una dimensión intercultural, y que la manera más adecuada para llegar a penetrar en lo más profundo de ésta es el diálogo. Es muy interesante la aportación que hace el autor a este respecto, pues, él dice que no se trata, simplemente, de dialogar con el vecino, sino con el extranjero, y no de cualquier forma, sino a través de un *diálogo dialogal* en el que los dialogantes se escuchan para intentar entender lo que el otro quiere decir. Panikkar piensa que éste es el método más apropiado de la filosofía intercultural porque con él no se busca convencer dialécticamente al interlocutor. Tampoco se presuponen unilateralmente las reglas del mismo, éstas se establecen en el propio diálogo. Por otro lado, al ser los dialogantes los intérpretes de la propia conversación, habrán de confiar mutuamente en

esa aventura común hacia lo desconocido. Ellos no saben si llegarán a entenderse. Pero sí intuyen que la apertura al otro y la fecundidad del diálogo les exige pensar no sólo en conceptos, sino, sobre todo, en símbolos. El autor pone de manifiesto que el pensamiento simbólico tiene la ventaja de no ser puramente objetivo, ni meramente subjetivo. En este sentido, si escuchamos a las palabras como si fueran algo más que signos y mucho más que conceptos, nos daremos cuenta de que cada lenguaje es un mundo que traduce su propia y particular concepción del mismo. Por ello Panikkar insiste en la idea de que, para comprender otra cultura, no basta con conocer sus conceptos, hace falta, también, entender sus símbolos. Es decir, no es suficiente penetrar, a través de la reflexión y la razón, en el logos de la otra cultura, se requiere, además, mediante la fe y la contemplación, participar en su *mythos*. De éste vive aquélla y en él adquiere valor concreto lo que llamamos bien, verdad, belleza, ... El autor nos insta, así, a abrir no sólo el ojo de la razón y el de los sentidos, sino también un tercer ojo que nos ayude a ver el sentido que adquieren ciertas afirmaciones en los distintos contextos culturales.

Puede que el encuentro con otras visiones del mundo nos haga sentir incómodos por la aparente incompatibilidad de éstas con las nuestras. Pero, Panikkar deja clara la idea de que con la apertura a la interculturalidad aprenderemos a crecer, a transformarnos, a ser más críticos, menos absolutistas y gracias a ella podremos ampliar nuestro campo de tolerancia. Luego, ¿qué actitud, según este autor, deberíamos adoptar ante el encuentro intercultural? Aquella que nos permita integrar en éste tanto el amor como el conocimiento. Pues, al describirnos la filosofía como «el amor a la sabiduría» y «la sabiduría del amor», nos anima a descubrir al otro no como un *alius* (un extranjero), sino como un *alter* (un compañero). Por ello, en el encuentro intercultural, es preciso que mostremos predisposición hacia la proximidad. Necesitamos la apertura al otro porque no somos autosuficientes y, para conseguirla, habremos de confiar en nosotros mismos, porque, de lo contrario, difícilmente podremos fiarnos de otros. Y no debe hacernos desistir, en nuestra intención de conocer y comprender al otro, el no entender su cultura, pues, en tal caso, trataremos de transformar nuestra intención en un propósito por conocerla amándola y amarla conociéndola.

Por su parte, Graciano González R. Arnaiz también nos estimula a dejarnos cuestionar por otras culturas para poner a trabajar los distintos contenidos de las mismas en un contexto en el que nadie es más ni mejor que nadie. Según este autor, sentirse interpelado por otras culturas es entrar en un modelo de relación presidido por la igualdad y el respeto. Pero la clave para interpretar la igualdad no es la reciprocidad etnocentrista, ni la superioridad, ni la igualdad de la discriminación positiva de las culturas minoritarias. La igualdad, como él dice, ha de ser leída en la clave moral de la dignidad cultural. Y cuando demos testimonio de lo que es nuestra cultura, habremos de dejar claro que lo propio no debe ser traducido como exclusivo y excluyente. Pues la interculturalidad entendida como «espacio moral» de referencia, que es la interesante propuesta que realiza este autor, exige que los individuos provenientes de «todas partes» puedan llevar a cabo su manera de ser propia en compañía de otros. Este profesor nos habla de una *ética de la alteridad* que se remite a la proximidad como modo de ser y de estar los sujetos referidos unos a otros. Y expresa que es, precisamente, esta peculiar manera de ser próximos la que nos conduce a sostener una idea de *fraternidad universal* como expresión antropológica que da contenido a esa concepción de interculturalidad como «espacio moral».

A su vez, González R. Arnaiz considera que el discurso intercultural será el encargado de dar cuenta de dicho espacio y que los criterios de verificación del mismo abarcarán las dimensiones de la asimetría, del respeto, de la no-indiferencia y de la responsabilidad. A lo largo del artículo, este autor seguirá muy de cerca el pensamiento de Levinas, pues considera muy interesante la reflexión que hace éste al tratar de expresar el sentido que adquiere la subjetividad cuando uno se relaciona con lo que no es él.

En un primer momento, González R. Arnaiz analizará el fenómeno de la emigración con el fin de observar el sentido de la figura cultural del extranjero para la consideración de nuestra propia manera de ser. A través de su estudio, nos daremos cuenta de la sensación de extrañeza que siente uno al venir a un mundo que le precede, de la necesidad de los demás para poder «decirse» con sentido y de la significación ética del otro que percibimos cuando vamos más allá del vínculo que nos ata a nuestro ser. La asimetría que se produce en la relación entre yo y lo otro y el modelo de respeto que el autor propone aparecen como criterios morales que «dan cuenta» del espacio moral que un sujeto o un pueblo necesitan para poder decirse y hacerse. En un segundo momento, González R. Arnaiz tratará de destacar la perspectiva intersubjetiva que pone de manifiesto la situación de extranjería, indagando, para ello, sobre el contenido que tienen los valores de la no-indiferencia y de la responsabilidad. La posibilidad de la primera como estructura antropológica depende de que el sujeto se ponga en el lugar del otro hasta el final, es decir, que responda de él. Por otro lado, la exigencia moral de «tener que responder» dota de sentido a toda relación y convierte al individuo en responsable de todo y por todo. Según expresa este profesor, la subjetividad es subjetividad humana y humanizada precisamente cuando no tiene más remedio que responder de ella ante los demás. El yo se individualiza, así, por la respuesta que requiere el encuentro improvisado con el otro. Por ello, a la vez que el autor nos anima a dejarnos cuestionar por otras culturas, nos empuja, también, a «tener que responder» de/por ellas.

Entendida así la interculturalidad como «espacio moral» y no simplemente como espacio político para la convivencia, se comprende mejor por qué aquélla nos ayuda, en cierto modo, a romper con nosotros mismos, por qué todos necesitamos pasar por los demás para poder decirnos y hacernos y por qué, en consecuencia, el discurso intercultural ha de ser un diálogo de la no-indiferencia y del respeto entre culturas.

Pero, ¿cómo pueden interactuar distintas culturas entre sí sin perder la propia identidad?, ¿de qué forma se respeta la diferencia y, a la vez, se procura la semejanza entre las mismas? Mauricio Beuchot defiende la idea de un pluralismo cultural analógico que salvaguarde las proporciones convenientes y justas de diferencia e igualdad, de comunitarismo e individualismo, de asimilación y resistencia. Se pretende, en este sentido, que la racionalidad haga alarde de discernimiento para que mediante el diálogo se encuentre el mejor modo de respetar lo particular dentro de los límites que imponen los derechos humanos. La analogicidad, aplicada a las culturas, hace que cada una encuentre su lugar entre las demás, que cada una se exprese con su propia voz y que sólo enmudezcan aquellas costumbres culturales que sean contrarias a los mencionados derechos. A través del diálogo intercultural se puede conseguir el prudente equilibrio entre la conservación de la identidad simbólica o cultural de un pueblo y la interacción de la misma con otras, sin que ninguna quede «reducida» o condenada a la marginalidad.

Raúl Fornet-Betancourt considera que esta última actitud es la que ha adoptado el colonialismo en América Latina y por ello, ante la opresión, el sometimiento y la exclusión de las diferencias culturales que aquél ha protagonizado, propone que se lleve a cabo, también en dicho ámbito, un diálogo intercultural. Ahora bien, la comunicación que él defiende merece un especial cuidado, pues, traspasando el límite de los conceptos intenta dejarse «afectar», «tocar», «impresionar» por el otro en la relación diaria y cotidiana dentro de la cual ya estamos *compartiendo* vida e historia con él. El autor nos recuerda, en este sentido, que las culturas van creciendo en condiciones contextuales determinadas como procesos abiertos en cuyo origen ya se halla el trato con el otro, éste está dentro y no fuera de lo nuestro. Por ello, Fornet-Betancourt nos insta a no aislar, ni absolutizar nuestra cultura como si fuese algo exclusivo, sino a tender un puente hacia todo lo que nos parece ajeno, fomentando un intercambio cultural solidario a través del contacto y el diálogo.

Este último nos lo presenta el autor con una doble dimensión de obligación normativa en América Latina. Por un lado, se trataría de reparar la culpa con las víctimas del colonialismo y, por otro lado, se intentaría promover un nuevo orden justo, reconociendo al otro en su dignidad y colaborando con su propósito de liberación. Se debe crear, por lo tanto, condiciones iguales para el desarrollo pleno de todas las culturas, lo cual requerirá que éstas se cultiven como terrenos fecundos para el diálogo intercultural. Pero, además, según expresa el autor, no se producirá el total crecimiento de las mismas si la filosofía no se transforma, en el ámbito latinoamericano, desde las exigencias que plantea dicho diálogo. En este sentido, para llevar a cabo dicho proceso de transformación, Fornet-Betancourt nos dice que es preciso sacar la filosofía de los límites que le imponen los planes de estudios que se han globalizado desde la Europa Central, ya que éstos la han reducido a simple «bibliografía» para ejercicios académicos, sin tener en cuenta la contextualidad e historia de las que esos textos son reflexión. También, nos insta el autor a trabajar con la convicción de que no existe una filosofía abstracta y ahistórica, sino que lo que hay son filosofías contextuales. Desde esta perspectiva, es más fácil que mostremos curiosidad y atracción por abrir esta disciplina a los símbolos, memorias y ritos de las tradiciones indígenas y afroamericanas. Estoy totalmente de acuerdo con el autor cuando dice que el cultivo de las diferencias culturales es la mejor forma de cultivar la vida y de alcanzar así una cultura de la vida en abundancia. Por otro lado, ¿cómo pondríamos en práctica la tolerancia y el pluralismo si no tenemos la intención de comprender las diferencias culturales?

La segunda parte del libro, que nos habla del contexto intercultural, comienza con un artículo escrito por Diana de Vallescar Palanca, quien analiza la interculturalidad como una cuestión práctica que tiene que ver con el «arte de saber relacionarse». Éste requiere, para su desarrollo, que estemos dispuestos a mantener un diálogo con nosotros mismos y con el mundo que nos rodea. Así, dejamos siempre abierta la posibilidad de que nuevas visiones y percepciones entren a formar parte de nuestra vida. A su vez, esta actitud de apertura nos ayuda a buscar aquel comportamiento que mejor parece adecuarse a cada situación. La autora nos recuerda que estableciendo un diálogo entre iguales sin eludir las inevitables diferencias, aprendemos a pensar y a vivir en clave intercultural, distanciándonos, en este sentido, de cualquier postura etnocéntrica y relativista.

Efectivamente, lograr la aproximación y comprensión de una cultura no es una tarea fácil, pero De Vallescar nos ofrece unas pautas muy interesantes para saber cómo interrelacionarnos si es que, realmente, queremos hacerlo. Habremos de atender, para ello, a las distintas maneras de percibir la realidad, de pensar, de expresar ideas, de actuar, de interactuar, de decidir y de encauzar un mensaje. También, debemos intentar situarnos frente a una cultura si queremos llegar a comprenderla. Ello nos conduce a valorar la importancia que tiene el conocimiento de los *perfiles y centros principales* de aquélla. ¿Qué nos aportan unos y otros? Los primeros nos reflejan la configuración propia de una cultura y los segundos nos proporcionan las tendencias sobre las que ésta se sustenta. Por ejemplo, varias culturas en Occidente muestran gran preocupación por el desarrollo de la ciencia y de la técnica. Sin embargo, algunas culturas en Oriente sienten más interés por el «conocimiento propio», por el saber vivir consigo mismo en armonía interior y con el cosmos. Observando la inclinación propia de cada cultura sabremos por dónde puede ir encaminada su aportación filosófica. Es decir, si sigue una senda predominantemente racional o el rumbo que le marca la experiencia psíquica de la conciencia o el camino que le dicta el sentimiento. La autora nos está diciendo que las culturas se distinguen por la prioridad otorgada a una determinada forma de pensar y, por lo tanto, de expresarse. En este sentido, dependiendo de la vía cognoscitiva de acceso hacia la realidad (conceptual, intuitiva, concreta relacional), los conceptos, los símbolos, los aforismos,... serán utilizados con mayor o menor intensidad y, según la cultura que los cultive, su configuración podrá ser de una u otra manera.

Creemos haber comprendido con la aportación de esta autora que nuestro comportamiento, ante un encuentro intercultural, ha de inclinarse hacia la comprensión o conocimiento penetrante y no hacia el prejuicio que suele ser causa de distorsiones en el proceso de comunicación. Por eso, es importante que tengamos la intención de querer interrelacionarnos con personas de otras culturas y que nos esforcemos para que todos, en el encuentro intercultural, quedemos co-implicados.

Si la comprensión es clave a la hora de emprender deliberadamente una relación intercultural, igualmente lo va a ser la solidaridad para Joaquín García Roca. Gracias a ella se puede crear una identidad que aproxime a personas distanciadas por las religiones, por las etnias, por las clases..., pues, al ser solidarios nos hacemos sensibles al sufrimiento ajeno y nos dejamos llevar por los sentimientos de unificación, como pueden ser la simpatía recíproca y la compasión. A lo largo de su artículo el autor dejará claro que la solidaridad juega un papel fundamental en la construcción de una sociedad multicultural. En este sentido, él analizará desde la experiencia real de la inmigración cómo puede aquélla impregnar cada uno de los procesos formales de lo multicultural. En primer lugar, será identificada la movilidad social como la primera condición formal de la multiculturalidad, para después desvelarnos los graves encubrimientos que esconde tras de sí entender la emigración económica desde dicha movilidad. Finalmente, nos hablará de los fantasmas del miedo, del racismo y de la xenofobia que pueden aparecer con las migraciones económicas.

Para García Roca la diversidad cultural constituye otro aspecto importante de la multiculturalidad, por ello se pregunta de qué forma afronta la sociedad moderna la existencia de grupos minoritarios que reivindican el reconocimiento de su identidad y la aceptación de sus diferencias culturales y qué ha de ser considerado a la hora de buscar soluciones razonables y moral-

mente aceptables a ambas exigencias para conseguir la pacífica convivencia. Con esta reflexión nos está anunciando el gran desafío de la multiculturalidad, el cual consiste, precisamente, en conjugar dos demandas: los derechos del individuo y el reconocimiento de la identidad colectiva. Éstas se corresponden, a su vez, con dos principios esenciales: el respeto a la identidad irrepetible de cada individuo y el respeto de aquellas formas de vida o tradiciones en las que se reconocen los miembros de un grupo. Ya nos dejaba claro, al comienzo de su artículo, que el contenido esencial de la multiculturalidad abarca dos grandes convicciones: universalizar los derechos individuales de los ciudadanos, al tiempo que se reconocen las diferencias culturales. García Roca sabe que el sueño de las migraciones culturales es una sociedad tolerante, con diversidad de gustos y creencias, que convierte el diálogo no sólo en medio para solucionar los conflictos, sino en valor sustantivo. Pero, también, es consciente del encubrimiento que puede llegar a ocultar este ideal multicultural. Nos reta, por eso, a combatir por un proyecto nuevo de convivencia que tenga como arma infalible la tolerancia. Entendida ésta no sólo como condición formal de lo multicultural (capacidad de coexistir visiones distintas y disponibilidad de convivir lo diferente), sino como justicia, rechazando todo aquello que tenga que ver con el «dejar hacer», pues, la tolerancia que todo lo acepta y todo lo comprende es, según expresa, el caldo de cultivo para el racismo y la xenofobia. Desde la perspectiva religiosa, ser tolerante nada tiene que ver con la consideración de que sólo existe una «única verdad». Hay que destapar la fragilidad que ocultan los dogmatismos y los fundamentalismos y mostrar, en cambio, la fortaleza que aporta el diálogo con otros puntos de vista, con otras religiones, con otras culturas.

García Roca también nos habla de la gran conquista que ha sido la aparición del Estado multiétnico. Nos dice que la transición de lo monoétnico a lo interétnico se produce a través del concepto de ciudadano, que se sitúa por encima de las etnias y de las razas. Aunque nos recuerda que no hay que confundir la persona con la ciudadanía. En este sentido, advirtiéndonos de los encubrimientos ideológicos que alimentan los Estados étnicos ante la inmigración, denuncia la reducción de ésta a «recurso económico». He aquí, como dice, una de las paradojas que plantea la inmigración: aumenta la demanda de mano de obra y disminuye la necesidad de personas. Por ello, el autor nos muestra su repulsa a la mercantilización de los inmigrantes. Expresa que no hay ninguna razón sustentable que permita defender que la emigración no sea un derecho de cada uno, el derecho a disfrutar de los beneficios de un mundo que también ayudaron a construir.

El autor termina su artículo con una bonita y metafórica idea acerca del yo múltiple. Nuestra identidad personal continuamente se está redefiniendo a través de diversas migraciones. Considera que el yo que se construye con materiales diversos y mestizos no es un yo débil, sino que constituye la particular manera de ser humano en las sociedades modernas. Nos recuerda también que la presencia de la inmigración no ha creado el problema de la identidad, pues, el problema que ésta desvela tiene que ver más con la relación entre los países industrializados y el Tercer Mundo, es decir, con el problema y el sufrimiento que causa la desigualdad. Difícilmente conseguiremos la construcción ética de una sociedad multicultural si no reconocemos las vinculaciones y los nexos que nos unen a todos los seres humanos.

Si algún resquicio oscuro permanecía todavía oculto en nuestra mente acerca de la distinción entre fenómenos intraculturales e interculturales o sobre los procesos contemporáneos de etnogénesis y nacionalismo, la luz

que arroja Gunther Dietz en estas cuestiones, con la clara delimitación de los conceptos «étnico» y «cultural», hace que aquél quede totalmente esclarecido. Nos dice el autor que ambas nociones conforman el núcleo de la identidad de la antropología social como disciplina académica, y que dentro de dicho ámbito central también se hallan importantes asuntos teóricos pendientes de resolver. Por ejemplo, ¿qué relación se establece entre la cultura de un determinado grupo humano y su identidad grupal, sobre todo étnica? Quiere que las respuestas a esta pregunta no se queden atrapadas entre las corrientes «primordialistas» y «constructivistas», «objetivistas» y «subjetivistas». Por ello, intenta evitar del enfoque esencialista la identificación errónea que hace de etnicidad y cultura como herencia cuasi-biológica del hombre. Y de la perspectiva instrumentalista o constructivista trata de evadir ese énfasis que pone en la arbitrariedad del proceso de construcción de etnicidad, proceso que según este punto de vista se sustenta en un repertorio objetivable, dado *a priori*, de «elementos» culturales con sustancia propia. El autor quiere traspasar las barreras simplificantes de estas corrientes porque sabe que ni los fenómenos de delimitación étnica y/o nacional, ni las diferencias culturales a las que recurre dicha delimitación son explicables como esencias inmutables. También Gunther Dietz se pregunta por la relación existente entre etnicidad y clase social, procurando superar esta vez en las respuestas las posiciones «eticistas» y «clasistas». En el análisis de esta cuestión no permitirá que olvidemos que la posibilidad de seleccionar rasgos culturales distintivos podría quedar sujeta a múltiples relaciones de poder que vinculan al grupo con estratos socioeconómicos y con el Estado-nación. Otro asunto del que se ocupará este profesor tiene que ver con el estudio de la influencia que el pasado puede ejercer en las configuraciones de la etnicidad. A este respecto, considera importante investigar la propia historicidad de un grupo desde un enfoque dialéctico, sincrónico y diacrónico a la vez. Pues, piensa que no hay que reducir el análisis ni a una perspectiva únicamente historiográfica —«¿qué aconteció realmente en el pasado?»— ni a una perspectiva exclusivamente etnográfica —«¿qué usos actuales tienen los “mitos” sobre el pasado?»—. Intenta contrastar ambas preguntas para esclarecer el valor específico que puede tener la «invención de la tradición» para un determinado grupo.

Gunther Dietz finaliza su artículo examinando las fuentes que originan las actuales «turbulencias identitarias» que padece el Estado-nación, como consecuencia de: la creciente integración supra-nacional, la (re-)aparición de identidades sub-nacionales y el establecimiento de redes y comunidades trans-nacionales. Desde el punto de vista antropológico-social, la confluencia de estos procesos, obliga a replantearse la relación entre etnogénesis, nacionalismo e hibridación cultural. Por otro lado, el autor nos invita a discutir sobre los efectos que podría producir, en relación con cualquier proyecto de construcción identitaria, la aparición de comunidades transnacionales que trascienden la dimensión nacional y que parecen relativizar la distinción entre los niveles supra-y sub-nacionales.

Muchos nos hemos preguntado sobre la manera en que debemos comportarnos cuando nos hallamos frente a otro u otros que pertenecen a una cultura distinta a la nuestra. A todos aquellos que se han hecho esa pregunta y, sobre todo, a quienes no se la han hecho todavía, recomiendo la lectura de esta obra. Pues, a través de la misma, no sólo se descubre la vía para acceder a comprender nuestra dimensión relacional, sino las razones que explican por qué el camino ha de ser el diálogo, cómo hemos de llevarlo a cabo y qué tipo de riqueza conseguimos con su puesta en práctica. El intercambio al que

nos invitan los distintos autores nada tiene que ver con productos o dinero, ya que no se fundamenta en el cambio de «recursos económicos». Ya nos han hablado en el libro del enriquecimiento mutuo que aporta el encuentro intercultural, corresponde a nuestra experiencia buscarlo y vivirlo en el mundo real que todos compartimos.

Tras la lectura de esta interesante obra colectiva, mi memoria evoca el recuerdo de aquel Yo que creía quién era hasta que se encontró con un rostro diferente al suyo y comenzó a dialogar con él. Pues fue entonces cuando se percató que era más fácil sentirse como un desconocido que reconocerse a sí mismo. Creo que la identidad personal es como una brújula que dirige su flecha imanada hacia el encuentro con el «otro» u otras culturas, porque siente, intuye y entiende que ese es «el norte» que necesita nuestro Yo para orientarse en la comprensión de uno mismo y del prójimo.

El coordinador de este libro nos insta a construir un puente que comunique con cada cultura para que todos tengamos la oportunidad de transitar de un sitio a otro sin barreras. La construcción del mismo es una obra que requiere el esfuerzo de varias personas. No hay diálogo intercultural, sino monólogo, cuando sólo existe un individuo. ¿Por qué no intentar abarcar la inconmensurabilidad de las culturas a través de ese puente?

María JORQUI AZOFRA
UNED